

DIOS SIGUE VINIENDO. PREPÁRATE PARA EL ENCUENTRO.

Es cierto que en este tiempo revivimos y nos preparamos para celebrar con intensidad la venida histórica del Hijo de Dios a nuestra vida, pero además, el tiempo de Adviento es celebrar y abrirse a la venida constante de Dios, de Jesús, a nuestras vidas y a la vida de la humanidad. Porque Dios viene ahora. En este tiempo, al invitarnos a vivir la venida del Señor, nos recuerda que Dios viene constantemente a nuestras vidas y viene ahora de muchas maneras: a través de los acontecimientos y las personas con que nos encontramos.

Y el tiempo de Adviento será una llamada a estar con los ojos abiertos a nuestro entorno, teniendo el corazón abierto a los que nos rodean, porque en ellos Dios se manifiesta y viene a nosotros.

El Adviento nos invita a preguntarnos: ¿cómo reconocemos a Dios en los pobres y los débiles?

Él viene también a través de la oración, a través de la comunidad eclesial y de la Eucaristía. Dios viene a nosotros cuando le escuchamos en el fondo del corazón, cuando le buscamos en el diálogo silencioso y amoroso, compartiendo con Él, nuestro Padre, nuestras cosas e ilusiones y le dejamos acompañarnos en nuestros caminos. Él viene cuando nos reunimos en su nombre y el Adviento puede ser un momento importante para valorar esta presencia de Dios que quiere fecundar todas nuestras realidades comunitarias y eclesiales.

Además de la venida histórica de Jesús y de la venida cotidiana, también se celebra en el Adviento la venida definitiva al final de los tiempos, cuando llegue a término nuestra historia y entremos en la vida de Dios. Este es el horizonte final de nuestra existencia: compartir con toda la



humanidad la vida plena de Dios.

El Adviento nos invita también a vivir intensamente el espíritu de oración; se tratará de acercarse más al Señor que viene, desear su venida, es más, sin espíritu de oración, todo el camino de espera de la venida del Señor, toda la preparación de esta venida, sería una cosa externa a nosotros. El Adviento se debería vivir como un levantar el corazón a Dios, para que penetre lo más posible en nosotros su presencia salvadora. Experimentar la salvación y la sanación interior, sentir la necesidad de ser salvados y ponernos en manos de este Dios como la arcilla en manos del alfarero (cfr. Is 63,16-19; 64,6-7). En los profetas encontramos ejemplos de cómo los hombres han vivido el anhelo de Dios desde toda clase de situaciones.

Un buen día los discípulos de Jesús le piden, tal vez picados por la curiosidad de sus largos ratos a solas con el Padre, que les enseñe a orar y Él les da una plegaria, el padrenuestro, que será el modelo, el patrón, de todo lo que el creyente tiene que compartir con Dios, el Padre. Rezar el padrenuestro, pensar en el padrenuestro, es una buena manera de no caer en una oración corta de horizontes y cerrada en nosotros mismos. El Padre Nuestro nos invita a mirar hacia Dios con confianza, nos hace llamarle Padre y hace que nos sintamos en comunión con todos los hombres.

Y para concluir y gozar con la llegada del Emmanuel:

¡Magnificat! Te doy gracias, Padre, por el don de la vida. ¡Qué lindo vivir...! Tú me hiciste, Señor, para la vida: la amo, la espero, la ofrezco. Tú eres la vida, como fuiste siempre mi verdad, mi camino y mi esperanza. ¡Qué importante es en la vida ser signo! Pero, no un signo vacío o de muerte, sino de esperanza que se comunica. El mundo actual necesita de sembradores valientes. A pesar de que 'nadie es profeta en su tierra' y que ya una vez 'la luz vino al mundo y los suyos no la conocieron' (*Cardenal Pironio*).

Fuente: http://www.agustinos-es.org/FVR/documentacion/1_3_1.pdf

